

No existe eso que llaman ‘un verdadero hombre’



Michael Kaufman

6 de febrero de 2014

La versión original de este artículo fue publicada en [The Telegraph](#) (Londres) el 30 de enero de 2014



Obra: Artista de Nueva York Nathan Sawaya
Fotografía por Stephen Morrison

Han pasado muchos años desde que escuché a alguien decir “Actúa como una dama”. Pero es raro que pasen algunas horas sin oír alguna versión de “sé un hombre”.

No pude librarme de eso esta semana mientras veía una producción del Ricardo II, de Shakespeare, cuando un espectador, intentando darle ánimos al asediado rey, hace bromas sobre sus enemigos y dice “niños con voces de mujeres [que] se esfuerzan por hablar fuerte”. Ha pasado mucho, mucho tiempo desde que ser simplemente hombre era suficiente para que fueras un verdadero hombre.

Eso es porque concedemos recompensas reales a los “verdaderos hombres”.

Existe una industria artesanal de mujeres y hombres que ahora lamentan que ya no haya verdaderos hombres, que los hombres se han feminizado y que los hombres son los verdaderos perdedores en la revolución feminista.

He pasado los últimos 35 años diciendo que esto es una tontería. Después de todo, aún vivimos en un mundo donde los hombres ganan más dinero y mueven la mayoría de palancas políticas, religiosas, económicas y culturales. Y cuando se trata del ejercicio de la violencia, ya sea contra mujeres u otros hombres, los hombres siguen teniendo la franquicia, si no es que el monopolio total.

Las recompensas por ser “verdaderos hombres” son admiración en el mundo de los hombres, libertad de movimiento, una voz de autoridad, respeto y privilegios tangibles en el trabajo y en el juego. De hecho, tenemos un programa *de facto* de acción afirmativa para hombres que se remonta a 8,000 años atrás— el programa conocido, sencillamente, como patriarcado.

Pero lo sorprendente es que esas maneras en que los hombres hemos construido sociedades de poder masculino también representan un enorme costo para nosotros mismos. Morimos más jóvenes que las mujeres y es menos probable que pidamos ayuda cuando tenemos una necesidad física o emocional; también es más probable que seamos adictos al alcohol y otras drogas, que muramos debido a accidentes en el lugar de trabajo y nos suicidemos. Los hombres vivimos en un enorme temor de ser expuestos como débiles. De no ser verdaderos hombres.

Todo eso se debe a que nuestras nociones sobre la masculinidad son inventadas, efímeras. Desde una temprana edad bañamos a los niños con nociones de una masculinidad que requiere la supresión

de una gama de sentimientos y posibilidades humanas. Les exigimos que a cierta edad fijen límites emocionales frente a sus amistades. Casi desde el inicio decimos que las tareas de sustento y provisión de cuidados no son para ellos.

Los hombres y los niños nos esforzamos por cumplir estos ideales imposibles. Pero cuanto mayor es tal esfuerzo, más debemos distanciarnos emocionalmente de las mujeres, las niñas, los niños y, por extraño que suene (ya que el mundo está dominado por elaborados clubes de hombres), también de otros hombres. Es una receta para un enorme aislamiento.

Es por ello que desde hace mucho tiempo he sentido que los hombres tenemos una doble tarea.

Una de ellas es que, si queremos realmente llegar a las raíces de lo que nos daña, tenemos que acoger y activamente apoyar la igualdad entre los sexos. Debemos activamente cuestionar todas las formas de poder masculino, sea en el lugar de trabajo, en nuestros sitios de culto, el campo deportivo, la cocina, la habitación de niños y niñas o nuestros dormitorios. No sólo es lo correcto de hacer. Dicho sencillamente, la emancipación de las mujeres es también clave para nuestra propia felicidad porque las maneras en que los hombres hemos colectivamente construido e individualmente interiorizado el poder masculino son devastadoras no sólo para las mujeres a quienes amamos sino, en una forma diferente y paradójica, también lo son para los propios hombres.

Así que debemos luchar por la igualdad de género y contra todas las formas de abuso y violencia contra las mujeres. Ésta ha sido un área de mi propio trabajo voluntario al cofundar [White Ribbon](#) [Lazo Blanco], una campaña para involucrar a hombres y niños con el fin de que trabajen por erradicar la violencia contra las mujeres y que se ha propagado a 70 u 80 países.

Al mismo tiempo tenemos que transformar lo que significa ser hombre. Abrazar las diversas posibilidades de la hombría... de humanidad. Criar a nuestros hijos varones de modo que no teman las emociones o ser identificados como no verdaderos hombres.

Quizás no haya un lugar más importante donde empezar que la transformación de la paternidad. No quiero que los padres ayuden. Quiero que los padres hagan su igual cuota de crianza. Y por eso estoy invirtiendo tiempo en una nueva red internacional, [MenCare](#), que tiene la meta—dramática pero, creo, realizable—de que los hombres realicen el 50 por ciento del trabajo de cuidados en el planeta.

Por eso estuve en Londres la semana pasada para hablar en el festival [Being a Man](#)* [Ser hombre] del Centro Southbank. Simplemente para decir: sí, hablemos de nuestras experiencias de ser hombres. Pero, de hecho, dejemos de imponernos unos a otros versiones destructivas y autodestructivas de la hombría. Las mujeres, los hombres, las niñas, los niños y el planeta estaremos mucho mejor debido a ello.

* Ver mis charlas en el festival (ambas en inglés): [Los hombres y el feminismo](#) [Men and Feminism] y [Los hombres y la violencia](#) [Men and Violence]

Traducción al español, con permiso de Michael Kaufman, por Laura E. Asturias (www.transwiz.org)

Fuente: www.michaelkaufman.com/2014/theres-no-such-thing-as-a-real-man/